

modelos educativos y culturales presentes en la ciudad de Roma en torno al año 150 d.C. Se ponen también de manifiesto los principales intereses de San Justino, su trabajo como filósofo en particular. En el capítulo 2º se recogen en forma de juicio las acusaciones que se hacían contra los cristianos en aquel tiempo, tanto por parte del pueblo, como de los intelectuales paganos y las autoridades imperiales, así como la apología que San Justino hace frente a ellas. El capítulo 3º plantea en forma de diálogo, un género muy apreciado en la antigüedad grecorromana, las conflictivas relaciones entre el cristianismo y el judaísmo en el siglo II. El capítulo 4º tiene como objetivo recuperar la obra perdida de San Justino titulada *Syntagma* o «Tratado sobre todas las herejías», que recogía las disputas entre las diversas corrientes cristianas presentes en la Roma del segundo siglo. Finalmente, en el capítulo 5º, que lleva por título «Justino y yo», el Autor trata de «plasmear los implícitos con los que me he acercado a esta figura tan importante para el cristianismo del siglo II y explicitar la imagen que me queda de Justino después de haberlo estudiado» (p. 11).

El juicio final sobre Justino revela las luces y las sombras que aprecia el Prof. Rivas en el más insigne de los Apologistas

cristianos: «Mientras en el diálogo con el mundo gentil buscas afanosamente todos los puntos posibles de encuentro y en el diálogo con el judaísmo mantienes al menos ciertos consensos mínimos, cuando te refieres a otras maneras cristianas de pensar diferentes a la tuya sacas los aspectos más beligerantes y agrestes de tu propia personalidad, destruyendo cualquier posibilidad de comunicación, no sólo con los judeocristianos, a los que reduces a una condición de gueto, sino sobre todo con los que denominas ‘herejes’» (p. 335). Pero al mismo tiempo le reconoce la inmensa influencia y el aporte decisivo que ha supuesto San Justino para autores cristianos posteriores como San Ireneo, que recuperó su propuesta de plan divino (*economía*) y rescato su enfrentamiento con el gnosticismo; Clemente de Alejandría, que continuó el diálogo fe-cultura, incidiendo en la concepción del cristianismo como verdadera filosofía; y Tertuliano, que asumió su estilo apologético en defensa del cristianismo.

Se trata, por tanto, de un libro de lectura muy amena, unida a un absoluto rigor intelectual. Un acercamiento novedoso y didáctico a los Padres de la Iglesia, escrito y dirigido a todos los públicos.

Juan Antonio GIL-TAMAYO
Universidad de Navarra

SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO

Catequesis (I-X)

a cargo de Francisco M^a Fernández Jiménez, San Pablo («Clásicos del Oriente Cristiano»), Madrid 2016, 284 pp.

La colección «Clásicos del Oriente Cristiano» nos ofrece la traducción al castellano de parte de una de las obras de Simeón el Nuevo Teólogo, uno de los autores que más ha influido en la teología y en la es-

piritualidad de la Iglesia oriental, sobre todo en el campo de la mística entendida como unión con Dios. La importancia de este monje, encuadrado en el movimiento de la teología monástica (siglos IV-XIV), se

ha revitalizado mucho gracias a las ediciones de sus obras en la colección «Sources chrétiennes», en los años sesenta y setenta. Francisco M^a Fernández, catedrático de Literatura cristiana antigua y medieval en el Instituto Teológico San Ildefonso, de Toledo (centro agregado a la Facultad de Teología de la Universidad San Dámaso, de Madrid), especialista en este autor bizantino, nos brinda ahora una completa introducción a su época, vida y obras, junto con la traducción a sus primeras diez *Catequesis* (*Discursos de catequesis*).

Simeón el Nuevo Teólogo (Jorge, antes de hacerse monje) vivió a caballo entre los siglos X-XI (949-1022), en una época especialmente interesante del Imperio bizantino, marcada, en parte, por la brillante política imperial llevada a cabo por Basilio II (emperador entre 976 y 1025) y, en parte, por lo que se conoce como «primer humanismo bizantino». Respecto a lo primero, tuvo que lidiar tanto luchas por el trono como luchas con los pueblos vecinos: árabes, armenios, búlgaros, pechenegos, la república veneciana y el emperador Otón. A esto debe añadirse un crecimiento y desarrollo irregular en los diferentes ámbitos del Imperio: latino, eslavo y griego. En defensa de la sociedad predominantemente rural, implantó una política anti-aristocrática que no funcionó bien del todo. Sí que hubo, por el contrario, un auge de la industria y del comercio, aunque esto fue acompañado de un gran crecimiento de la sociedad urbana y su concomitante incremento de población depauperada. Respecto a lo segundo, parte del apogeo cultural correspondió a un florecimiento de la mística (Pseudo-Dionisio, Máximo el Confesor, Simeón, Calixto Catafigiotis), y de la filosofía platónica (Miguel Psellos, Juan Ítalos). Desde el punto de vista eclesiástico, se trató

de una época muy marcada por la relación del patriarcado de Constantinopla con la sede de Roma, que desembocó, tras diversas tensiones e incomprensiones, en la ruptura entre las dos partes, en 1054.

Simeón nació en Paflagonia, al norte de Asia Menor. Pertenecía a la aristocracia provincial. Recibió educación en Constantinopla, fue miembro del cuerpo de guardia y admitido en el Senado. Durante un tiempo llevó una dura vida ascética y de oración, a la vez que llevaba a cabo sus ocupaciones, en este caso llevando la dirección de la casa de un patricio. A lo largo de su vida tuvo diversas visiones, una en 969. Intentó en varias ocasiones ingresar en el Monasterio de Estudios, después de las cuales su vida espiritual se relajó, hasta que en 976 volvió a la vida fervorosa, debido en parte a una intervención divina y en parte a su director espiritual. En 977 entró por fin en Estudios, donde profundizó en la lectura de la *Escala del paraíso*, de Juan Clímaco, y tuvo una visión de los demonios. Allí siguió unas prácticas muy rígidas, bajo la dirección de Simeón Eulabes, su director espiritual. Tras una segunda visión y los recelos de los demás monjes, fue expulsado. De allí, pasó al monasterio de San Mamas, donde también llevó una vida muy austera, y del que fue nombrado superior tras la muerte del *higúmeno* Antonio. En 980 fue ordenado sacerdote por el patriarca. En el monasterio promovió una gran restauración tanto de la vida espiritual como material. Fue allí donde escribió sus *Catequesis*, con las que instruía a los monjes sobre el cumplimiento de los mandamientos de Dios y para que avanzasen en la vida espiritual. Tuvo allí, además, una nueva visión, en la que todo su cuerpo se convirtió en una luz inmaterial, un cuerpo glorioso, y contempló la gloria de Dios. Renunció al cargo en 1005.

Los años 1003-1009 de Simeón estuvieron marcados por una disputa con Esteban de Nicomedia, metropolita de esa ciudad y asistente del patriarca. Parece ser que una de las razones fundamentales fue el culto que Simeón empezó a tributar a su director espiritual. Simeón Eulabes, fallecido en torno a 987. En todo caso, hubo un enfrentamiento de modos de concebir la ciencia teológica: para Simeón, sólo los que poseen el Espíritu pueden enseñar, y éste no se tiene sin tener consciencia del mismo. A esto se sumó el viejo litigio entre clero regular, los monjes y el secular. En 1009, Simeón fue exiliado a causa de sus ideas, y aunque, después de escribir un libelo de defensa, pudo volver, volvió a exiliarse voluntariamente, levantado otra comunidad de monjes, en la que estuvo hasta su muerte.

Simeón escribió sermones y cartas, los capítulos e himnos divinos. Entre sus sermones, se encuentran los 34 *Discursos catequéticos* (o *Catequesis*), obra realizada en San Mamas, entre 980 y 1005, casi toda ella como instrucción ante los monjes. En estas catequesis exponía los puntos centrales de la práctica monástica, caracterizada por una rigurosa ascesis. Son textos coloquiales, llenos de similitudes de la vida cotidiana, de extensión muy desigual y de agradable lectura. Otra de sus obras, los *Discursos de los escritos*, será una revisión de adaptación y sistematización de estas catequesis para el gran público. En otras de sus obras, los *Tratados éticos*, se encuentra la afirmación de que el conocimiento de Dios viene a través de la experiencia y no del estudio.

Podría sintetizarse el pensamiento de Simeón en la afirmación de que la meta que debe alcanzar todo ser humano es su propia divinización, llegando así al paraíso celestial. En esta divinización se dan dos movimientos: el primero, que la humanidad queda santificada mediante la redención de Cristo; el segundo, el que cada individuo debe procurar mediante la recepción del bautismo, la Eucaristía y una vida pura. Aquí aparece la noción de imperturbabilidad o impassibilidad, una actitud dinámica del hombre que busca la perfección con la ayuda de Dios, ya que la impassibilidad perfecta es una gracia de Dios. El modo de alcanzarla es el cumplimiento de los mandamientos y el dominio de todo tipo de pasión, la compunción, la huida o renuncia del mundo, el abandono de los placeres de la carne, el silencio, la mortificación del cuerpo, la aspiración a los bienes eternos y la lucha contra los demonios. Esta imperturbabilidad que lleva a la divinización nos hace conocer a Dios de una manera diferente al conocimiento humano, un conocimiento de la luz de Dios que el ser humano tiene conscientemente; si no es consciente, es que no lo posee.

Es muy bienvenida, por tanto, esta excelente traducción de las diez primeras *Catequesis* de Simeón el Nuevo Teólogo (hecha a partir de la edición crítica de Basile Krivochéine y Joseph Paramelle), llevada a cabo por un experto en el autor y en su obra, y que hace accesible al gran público una de las obras más importantes de la espiritualidad bizantina.

Juan Luis CABALLERO
Universidad de Navarra